

Lejos de la Edad de Oro

JESÚS JIMÉNEZ REINALDO

Cuando terminé el examen eran ya casi las ocho de la tarde y me sentía como si hubiera estado cavando en la mina desde la salida del sol. Como solía ser común en la asignatura de Literatura Española del Siglo de Oro, las preguntas habían sido imprevisibles y, por eso, contando con la ayuda de la mochila de libros que nos permitían llevar y usar para consulta, las cuatro horas de la prueba habían transcurrido raudas como liebres. No estaba seguro del todo, pero había sido capaz de escribir nueve folios por las dos caras sobre «Silva y selva en la *Soledad Segunda*», hilando el aparente caos de la estrofa métrica de origen italiano con la necesidad de mi paisano Luis de Góngora de nombrar el mundo al completo, como quien expone el catálogo de una tienda pieza por pieza para inventariarla exhaustivamente. Mis opiniones no solo no habían sido originales, sino que habían seguido los caminos trillados de Dámaso Alonso, a quien se debía la versión

modernizada y traducida a la que la mayoría de los estudiantes recurriamos cuando la sintaxis latinizante y el léxico culto se nos atragantaban más de la cuenta. Pero, cuando ya estaba terminando, allá por la página seis de mi manuscrito, había introducido un opúsculo sobre la teoría poética de Juan Ramón Jiménez, sobre todo a partir de *Diario de un poeta recién casado*, y lo había vinculado, pese a sus numerosas divergencias con el cordobés, a la poesía culterana. Confiaba en que esos tres últimos folios, en los que también citaba a Dante, Marino y Borges, fueran lo suficientemente interesantes para que mi profesora reconociera en mí un buen lector, un estudiante aplicado y un crítico hábil.

Salí, pues, del aula llena de humo donde nos habíamos medio asado en aquella tarde de un junio avanzado. Arrastraba los pies como un deshidratado por el desierto, buscando un banco donde dejarme caer y en el que reposar la mochila con los libros del semestre, que eran las obras completas de Cervantes y Góngora. Después del esfuerzo, el sentimiento que me dominaba era el del cansancio y la sensación, una sed que creía no iba a poder saciar nunca, así de calurosos son los estíos de una tierra a la que nunca te acostumbras del todo. En aquel banco estaban algunos de mis amigos comentando el examen. Unos se quejaban de que, después de leer y estudiar tanto a Cervantes, no hubiera preguntado nada del alcaíno; otros, de que no hubiera repetido la pregunta del año anterior, que versaba sobre la técnica del camino en *El Quijote* y que era la que

llevaban para matrícula de honor; y alguno había que ya se veía preparando el examen de septiembre porque no le había dado tiempo a estudiar la parte final del programa, que era, claro, la del autor de la *Fábula de Polifemo y Galatea*.

Dije que me había salido bien sin dar más detalles. No quería dar explicaciones, entrar en debate y tal vez descubrir que me había equivocado o ido por los cerros de Úbeda, así que rápidamente pasé a tratar temas personales y la mayoría decidió ignorarme mientras hurgaba en terrenos movedizos buscando puntos débiles en los demás, tratando así de sentirse, si no mejores, al menos a salvo del desastre. Cogí mi mochila, les di las buenas tardes y me dirigí a la salida de la Facultad, dispuesto a coger el autobús porque no pensaba acarrear tal carga literaria por las calles de la ciudad. Pero no me marché solo; Jaime salió conmigo y me acompañó hasta la parada del urbano.

—Yo creo que lo voy a aprobar —me dijo sin demasiado convencimiento.

Jaime era de esas personas que sabían ir por la vida sin demasiados problemas, de los que comprenden y aceptan las cosas tal y como son. Nunca le habían preocupado las notas altas, ni tampoco era de los que se tragaban los libros hasta con las tapas, como yo, así que entendí que estaba satisfecho y le felicité.

—Lo malo es que el examen de Comentario de Texto Literario lo tenemos este jueves y en dos días no me va a dar tiempo de prepararlo todo. ¿Tú cómo lo llevas?

—me preguntó, tal vez con la esperanza de merecer un poco de empatía.

No quise contestar a la pregunta directamente. Era por entonces mi táctica para evitar la animadversión de quienes no habían aparecido durante meses por las clases y al final querían que los animases pese a que no conocían ni el temario.

—Yo no lo veo así. Pienso que, en lugar de dos días, hay tres noches completas para prepararlo, lo que supone ganar unas ocho horas, el treinta y tres por ciento de tiempo.

—Pero, entonces, ¿hoy no vas a dormir?

—Pues claro que no. Para eso están el café y la fuerza de voluntad.

Jaime me miraba como quien se ha topado con un extraterrestre y no sabe si salir huyendo o dejar que se lo coma de un bocado inmisericorde. Yo no entendía su sorpresa, tal vez porque llevaba varios años estudiando de noche y viendo a Venus, el lucero de la mañana, brillar frente a mi ventana a partir de las cinco de la madrugada en el piso que compartía con tres colegas que también iban a lo suyo.

—Tal vez tengas razón. Tendría que probarlo, pero en mi casa, donde la vida es una sucesión de normas rígidas y burguesas, no me lo van a tolerar. ¿No me harías un sitio por estos días en la tuya? Podríamos ayudarnos y la colaboración seguramente nos resultaría más productiva a ambos.

Lo último que yo quería era complicarme la vida, máxime con el último examen del curso, pero también era consciente de lo aburridas que resultaban las largas horas de estudio encerrado en una habitación y sin poder hablar con nadie. Y Jaime me gustaba, me había gustado desde que lo conocí el curso anterior y nos habíamos hecho colegas. A veces, me asaltó la idea como una ráfaga fugaz, hay que complicarse la vida para no arrepentirse después.

—De acuerdo. Te vienes conmigo ya esta noche y empezamos después de cenar, siempre y cuando estés dispuesto a seguir mi ritmo. El concepto de *literariedad* será lo primero que veamos, porque el profesor le ha dado mucha importancia y es la base de su interpretación teórica.

—De acuerdo, tú mandas y yo obedezco. Estas tres noches seré tu esclavo...

Pasar de la cosmovisión de Góngora a los tropos literarios y a la estructura de los textos en solo tres horas no resulta fácil, excepto si eres un estudiante acostumbrado a saltar de trinchera en trinchera. Y pasar de los versos de Góngora a los besos de amor inesperados resulta complicado si los tienes que compartir con la Teoría Literaria. Pese a todo, quién lo hubiera dicho en el Siglo de Oro, fueron noches de amor y metáforas, de café en los labios, de Venus en el horizonte, de folios que llevan escritos los signos de nuestra civilización y piel desnuda. Añoro hoy aquellas noches lejos de la soledad primera, lejos también de la segunda.